



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



De la serie *Bar palpitante*, de Manuel Díaz Reyes
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Fragmento de novela / Anamari Gomís	
Convocatoria al Concurso 37 de <i>Punto de partida</i>	13
Poemas / Andrea Anaya Cetina	14
CONCURSO 36 DE PUNTO DE PARTIDA	19
CUARTA ENTREGA	
Coliseo de mis alcoholes (crónica) / Norma Irene Aguilar Hernández	21
Sombras en la oscuridad (fotografía) / Esteban López Jiménez	26
El Grillo (teatro) / Aileen Patricia Martínez Ortega	36
Bar palpitante (viñeta) / Manuel Díaz Reyes	53
EL RESEÑARIO	
El espejo humano: tragedia y ficción en <i>El último lector</i> / Rodrigo Martínez	61

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 134, noviembre-diciembre 2005

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Ilustración de portada: De la serie *Bar palpitante*,
de Manuel Díaz Reyes
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Nuestro Árbol Genealógico se engalana con una primicia: un fragmento de la novela en preparación de Anamari Gomís, quien comparte este trabajo —que aún no tiene nombre— con nuestros lectores. Agradecemos encarecidamente su generosidad con esta revista, en la cual publicó, como muchos otros escritores reconocidos de hoy, varias veces al inicio de su carrera literaria. A manera de contrapunto, incluimos también una muestra del trabajo de Andrea Anaya, novísima poeta estudiante del Centro de Educación Artística “Diego Rivera”.

En éste, nuestro último número del año, hemos llegado ya a la cuarta entrega del material ganador en la emisión 36 del concurso anual de *Punto de partida*. Abrimos la sección con “Coliseo de mis alcoholes”, crónica ganadora de mención en su categoría, que narra la visita de su autora, Norma Aguilar, al bar “La Coliseo”, propiedad de la luchadora Martha Villalobos. Este texto está ilustrado con una serie de fotos de la protagonista, campeona de lucha libre femenina, que nos fueron amablemente proporcionadas por la revista *Box y lucha*. Seguimos con un interesante trabajo merecedor de mención en fotografía: “Sombras en la oscuridad”, imágenes de cuerpos femeninos alteradas digitalmente, obra de Esteban López, quien ya había presentado en estas páginas un reportaje gráfico precursor de esta serie.

Por segundo año consecutivo, Aileen Martínez recibió el premio de teatro en el certamen de *Punto de partida*. “El grillo”, obra en dos actos que aparece también en esta entrega, retrata un aspecto de un suceso poco tratado hasta ahora: la huelga estudiantil de 1999 en la UNAM. Y para cerrar la sección de premios: “Bar palpitante”, serie gráfica de Manuel Díaz, estudiante de la ENAP e integrante del colectivo Casa Tomada, una de cuyas imágenes destacamos en portada.

Para terminar, una recomendación para las vacaciones navideñas: *El último lector*, la más reciente novela del neoleonés David Toscana, reseñada por Rodrigo Martínez.

Felices fiestas. 📍



Fragmento de novela

Anamari Gomís

Dorotea se echa exhausta sobre la tumbona recién traída por los repartidores del Palacio de Hierro, dispuesta en el área destinada a la t.v. y estrenada hace unos días por los gatos y su ama, poco antes de la penalidad por la que toda la familia atraviesa ahora. El tapiz es de color carmesí y se ha cubierto del pelo delgado de los felinos. Uno de ellos, con la cola espléndidamente esponjada y erguida, maúlla y se trepa sobre las piernas hinchadas de Dorotea, quien siente un cosquilleo en la nariz, el cual intenta cancelar pasándose rápido un dedo índice por el morro. Mientras, el animal ronronea y se le pega al cuerpo. La mujer libera un denso suspiro. Mira su reloj pulsera con impaciencia, a la espera de que su padre llegue pronto. Dorotea confía en que él se hará cargo de la catástrofe, por lo menos dará los pasos iniciales hasta que se lleven a cabo las exequias.

Dorotea piensa con asco en su propia gestación, desvanecida de cualquier memoria consciente. Le provoca repulsión imaginarse nueve meses adentro de ese cuerpo ahora inerte. Se acaricia la barriga con la sospecha de que la hija de la que se encuentra embarazada experimentará, algún día a lo mejor, un rechazo parecido. En un descuido fija la mirada en una vieja fotografía de cuando su mamá y su gran amiga Toni tenían veinte años. Era la boda de Toni, quien lleva el pelo ligeramente recogido con una corona de flores y un vestido de novia muy *hippie*. Increíble, observaba Dorotea, que Toni haya sido tan delgada y tan joven. Deborah viste

un amplio y colorido vestido de gitana, la moda de entonces. Unas ojeras muy acentuadas le ensombrecen el rostro. La acababan de operar del apéndice en aquel tiempo y, a pesar de su belleza, se le nota mala cara. Nunca como ahora, marchita sobre la *king size*. Parece una figura de cera. Dorotea encuentra que le hacía falta un retoque de pintura en el cabello. De la coronilla y las sienes le asoman unas canas lustrosas. Las pestañas se le han acortado y el tatuaje que le delinea los labios sucumbe ante la boca abruptamente transformada y desteñida por la muerte. La quijada le cae como la de un títere. Deborah, la verdadera, ya no está dentro de *eso*.

Al enterarse, los vecinos del edificio de la calle de Pestalozzi sufrieron sus respectivas conmociones. La señora del 502 tuvo un ataque de histeria. Quería a Deborah como a un sustituto de hija. Todos los condóminos se preguntaban: ¿cómo podía haber ocurrido un asesinato con muchos de ellos guardados en sus casas, inadvertidos del acto brutal, pasando a gusto la noche del sábado como si nada malo ocurriese? Nadie supo de la infausta visita. Sólo la mujer del portero había oído el timbrado a las once de la noche pasadas, mismo que se revolvió con las voces emitidas por el televisor encendido en la portería. ¿Quién iba a pensar nada extraño, si la propia señora Deborah contestó por el interfón y permitió que entrara el que seguramente fue su asesino?

En lo que a él respectaba, al margen de los años transcurridos después del divorcio, el arquitecto Arias reconocía

Agradecemos a la autora su autorización para reproducir este fragmento de su novela en preparación.

sus sentimientos discrepantes por Deborah. Le dispensaba un gran cariño, algo de desprecio y cierta dosis de rencor. Pero que en esos momentos estuviese tendida y muerta, le provocó un enorme desasosiego. Se quedó largos minutos inmóvil sentado en su silla giratoria, impactado por la noticia. Después se lavó la cara en su baño privado, como si el agua fría le devolviera entereza. Dejó la oficina, con temblor en las manos, para acompañar a su hija Dorotea, quien velaba ya el cadáver. Un chofer de la compañía lo condujo en el Audi. El arquitecto, que no permitía jamás que nadie manejara su coche, prefería prevenir la posible traición de sus nervios y evitar un choque de tránsito en su camino intranquilo hacia el domicilio de su ex mujer. De todas maneras, observaba todos los movimientos del conductor en un acto de control obligatorio. Iba preocupado por los siete meses de embarazo de su hija Dorotea, envuelta de pronto en un embotamiento paralizante. El ajetreo que se les venía a todos encima con la muerte inesperada de Deborah también lo congelaba a él. Entretanto, las calles se atiborraban de autos y de obstáculos. Arias dirigía al chofer. Tomaron por Parque Lira, que se condensaba; dificultosamente dieron vuelta hacia el viaducto donde permanecieron varados como ballenas por un buen rato, hasta que lograron atravesar la avenida Insurgentes para adentrarse en las calles de la Narvarte.

En el departamento de su madre, Dorotea seguía aguardando a su marido y a su padre. Sabía que los médicos forenses y la policía retardarían los funerales. El

deseo enunciado en varias ocasiones por Deborah de ser cremada a su deceso, “lo más expedito posible, o sea, a la voz de ya, porque no quiero que nadie me vea, ni aunque haya muerto de cien años”, no sería concedido tan pronto como ella habría deseado. Los investigadores de su oscuro fallecimiento lo advirtieron categóricos a la familia después de examinar el cuerpo.

Al principio, cuando Dorotea la halló quieta sobre la cama, con el rostro amarillento, con la nariz excretando un fluido terroso y la mandíbula abierta, es decir, en pleno *rigor mortis*, pensó que había sufrido un ataque cardíaco. Fue cuando telefoneó de inmediato a su tío médico. De una manera frenética le avisó que su madre había muerto. La señora de la limpieza se había presentado tarde, con un tufillo alcohólico. Se exaltó con la noticia y se puso a llorar desconsolada y de rodillas ante el cadáver.

—Yo la dejé requetebién el sábado en la tarde, seño Doró, hasta contenta estaba.

A Dorotea le pasó de súbito por la cabeza que a lo mejor Deborah se había suicidado, pero descartó ese fognazo de pensamiento cuando vio que en el aparato de CD reposaba *The Essential Bob Dylan*, que no era tan significativo para su mamá como el álbum blanco de los Beatles, con cuya música sí se hubiera despedido de la vida.

El tío Carlos, el otorrinolaringólogo casado con Marcía, la hermana menor de Deborah, acudió *ipso facto* a su llamado. Su consultorio se encontraba en el eje Eugenia, a unas cuadras del edificio que habitaba su cuñada. Llegó prevenido con su maletín médico. Al entrar a la habitación, con sólo verla, se convenció de que es-

taba difunta. Sin embargo, revisó el cadáver con cuidado, más con la mirada atenta que con el tacto. Se detuvo un largo rato en el cuello, en el rostro y en los brazos con la ayuda de una lupa. Se había percatado de la nariz color de grana, cundida por pequeñas laceraciones, y le halló, sin palparla ni moverla, un punto azulado en la garganta, un cardenal que lo intrigó.

—A mí se me hace que tuvo un choque anafiláctico. Si no recuerdo mal tu mamá era alérgica a la penicilina. Pero este moretoncito está muy raro.

Al poco rato tocaban a la puerta la desconsolada tía Marcia y una de sus hijas. Abrazaron a Dorotea, quien se precipitó en un largo gimoteo. El tío Carlos presenciaba el suceso con una fuerte sensación de abatimiento. ¿Cómo consolaría a las tres mujeres? Ya para ese momento, Carlos Dávila sospechaba que se encontraban todos en el escenario de un crimen.

—Tío Carlos, todos sabíamos que mamá era alérgica a la penicilina. Ella le tiene, le tenía, digo, pavor. ¿Cómo demonios pudo habérsela aplicado?

—Pues se rasguñó el cuerpo para rascarse, mientras se le cerraba la glotis. Son evidentes los arañazos.

—¿No habrá experimentado *kinky sex*, tío, o algo así?— Lo dijo con una mueca de repugnancia.

—Esas uñadas se las infligió ella misma. Estoy seguro. Ya dirá el forense, cosa muy importante, si tuvo relaciones sexuales antes de morir. Tu madre era china libre, mijita, así que no la vayas a juzgar ahora.

—No tío, ¿cómo crees? Simplemente hago suposiciones.

Los tíos y la prima interrogan a la sirvienta, mientras Dorotea escudriña los objetos familiares: el estante de perfumes, la mesa de camilla adornada con fotografías enmarcadas de la familia, el kilim de colores en el suelo, la pantalla del televisor empotrada en un armario antiguo, las lámparas que cuelgan de la pared para iluminar la lectura nocturna, la cajonera que guarda ropa interior, medias y medicinas. Atrás de la puerta del clóset, ahora abierta, cuelgan cinturones de la fallecida y collares de cuentas. Un librero largo pero de poca altura divide la recámara de una pequeña salita donde están la tumbona y el aparato de música. En los estantes descansan más fotos, piezas artesanales, un retrato en postal de Mick Jaegger, otro del Che Guevara y uno de Deborah con Patricia Mercado, la activista política.

Dorotea fija la mirada en el cuarto de baño. El espejo allí se ha combinado con los rayos de luz que, como sables, atraviesan por la ventana de la habitación. Se crea un pequeño arcoiris sobre el mosaico del suelo. Dorotea coge el teléfono inalámbrico y marca compulsivamente varios números telefónicos; entretanto los dos gatos siameses de Deborah se pasean por el cuerpo tieso de su ama. En ese momento, el arquitecto entra como un vendaval para solidarizarse con su hija.

Un rato después un funcionario y un médico del ministerio público, en la compañía de dos policías, se apersonan en casa de la señora Deborah Madrigal Walter. El galeno no parece prestar atención a la información que el tío Carlos, el otorrinolaringólogo, le ofrece. Con la mano sostenida en el aire le pone un alto. El tío se incomoda, pero al cabo de unos minutos, su colega concuerda con él.

—Sea como sea, tenemos que esperar a la autopsia—, dice, sin miramientos.

Para la noche los forenses han determinado que Deborah murió de un choque anafiláctico. Encontraron apenas quinientas unidades de penicilina en su sangre, lo suficiente para que su propia producción de histamina la matara.

—Eso no es un suicidio—, especifica Martín Arias, el hijo menor de Deborah, que abandonó un retiro de escritores en Banff, Canadá, para unirse a su hermana en un momento tan aciago. —Mi mamá le tenía pánico a la penicilina.

—Alguien se la inyectó en el cuello, como coligió el tío de ustedes en la mañana. Lo curioso es que no hubo lucha. Sin embargo, explica el sargento Atanasio Lumbreras de la Procuraduría de Seguridad Pública del Gobierno de la Ciudad, también se encontró que su señora madre había ingerido *cannabis indica*, sin duda mezclada con comida, lo cual quiere decir que al momento de su muerte se encontraba intoxicada.

—Me parece increíble que mi mamá *comiera* marihuana, sargento Lumbreras. Ella odiaba toda clase de drogas. Uno de sus hermanos, yo no lo conocí, desde luego, murió de un *pasón* en el 73. Tenía veinte años apenas.

—La señora Madrigal Walter consumía alprazolam, casi un gramo diario, calculó el forense, y serotonina.

—Mi mamá padecía de depresión —contestó Dorotea—, pero lo suyo era más ansiedad que estados de tristeza, de allí el gramo de Tafil al que usted hace referencia. Pero no era adicta a nada. Se lo aseguro, salvo la coca cola *light*.

Dorotea se sienta en la esquina del sillón de tres plazas de su sala y sube las piernas, irritada con el policía.

—Hábleme de su mamá, señora. Dígame a qué se dedicaba. ¿Sabe usted si tenía enemigos, por ejemplo? ¿Una relación amorosa oculta, digamos con un hombre casado?

—Nada de eso, sargento. Mi mamá diseñaba joyería de piedras semipreciosas. Trabajaba, dos o tres veces por semana, con un artesano de Tlalpan que está muy dispuesto a que lo interroguen, ya lo sabe usted. No tenía ninguna relación amorosa de ningún tipo. Después de divorciarse de mi papá quedó, ¿cómo se dice?, escaldada. Era muy amiguera y se reunía con amigos de siempre, algunos los conocía desde la prepa. Durante la campaña de Patricia Mercado participó todo lo que pudo, que no fue mucho, porque se sentía enferma de todo. Mi mamá era una enferma imaginaria, sargento Lumbreras. ¿Quién le iba a decir cómo moriría? ¡Tanto que se cuidó de la penicilina! **P**

Anamari Gomis (México, D. F., 1950) es narradora. Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, y la maestría y el doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de Nueva York. Publicó en *Punto de partida* durante los años setenta del siglo pasado. En 1972 fue becaria del Centro Mexicano de Escritores. Recibió la distinción UNAM para jóvenes académicos en 1990. Es profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado crítica y ensayo en diversas revistas nacionales y prologado obras en México y en el extranjero. Sus libros más recientes son *Ya sabes mi paradero* (Plaza & Janés, 2002) y *De donde viene el tiempo* (Conaculta-Aldus, 2004).

Concurso 37 de la revista

punto
de partida



1.- Podrán participar todos los estudiantes de licenciatura, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritas en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de obra gráfica y fotografía, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con autógrafo y arregalados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursará y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta o matrícula, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

4. **Fotografía:** una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Gráfica: una serie temática de cinco a diez originales en formato carta o una tinta, en cualquiera de las siguientes disciplinas: estampa, dibujo o gráfica digital.

Poesía: de diez a quince cuartillas.

Traducción literaria: (francés/español o inglés/español) de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.

4.- Se podrá participar en una o varias categorías. Podrá inscribirse sólo un trabajo por autor/a.

5.- Ningún trabajo será devuelto, a excepción de los originales en fotografía y gráfica.

6.- La fecha límite de entrega es el martes 28 de febrero de 2006, de 9:00 a 14:30 y de 17:30 a 20:00 horas. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del manifiesto postal. No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del lunes 19 de diciembre de 2005 al miércoles 4 de enero de 2006).

7.- Se otorgarán dos premios (primer y segundo lugar) en cada categoría. El primer lugar recibirá \$5,000.00 (CINCO MIL PESOS M.N.); el segundo lugar recibirá \$4,000.00 (CUATRO MIL PESOS M.N.). Ambos premios incluyen la publicación del trabajo ganador en la revista Punto de partida, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

8.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada categoría. Estas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

9.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

10.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en medios de comunicación.

11.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura de la UNAM.

Entrega de trabajos en la revista Punto de partida / Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural UNAM, Zona administrativa exterior, edificio C, primer piso (frente al Museo de las Ciencias Universitarias), Insurgentes sur 3050, Coyoacán, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.; informes en el teléfono: 5522-6301 o en registrada@correo.unam.mx y partida@servidor.unam.mx



Poemas

Andrea Anaya Cetina

CENTRO DE EDUCACIÓN ARTÍSTICA "DIEGO RIVERA", INBA

El ruiseñor aplastado

Who is the nightingale?

Qué tristeza llorarte, a tantos pasos, con tanto viento, ¿dónde te encuentro? *You are lost...*
 Me lo habías advertido y aún así quise intentarte; *Dulce animalito... pequeño y distraído,*
ahora yaces aplastado contra el pavimento, con marcas de llanta sobre tu frágil cuerpo;
 Vivir sin sangre en mis venas no me deja perderte, perder mi única reserva, mi alimento...
 Y sin embargo me envenena tu sangre de fantasma, de muerte y podredumbre; y
tu diminuto esqueleto es ahora polvito mezclado con tu sangre dulce de consuelo; no hay
 mejor muerte que la que me da tu sangre...



Viñetas de Guitali Rojo, ENAP, UNAM

A una lágrima oscura

Ciego sería el que llorara

¿De dónde salió esta pequeña figura humana?
transfigurada

¿De dónde salimos esa noche juntos?
desnudos

Se va olvidando, se va olvidando

Oscurécete entre mis manos

ya se irá acabando el mundo después de nosotros



(Léase susurrando)

Me estoy perdiendo de algo...

Secretos secretos secretos secretos

¿Dónde están todos tus fantasmas?

Secretos secretos secretos secretos

¿En dónde estoy?

Secretos secretos secretos secretos

¿Me quiere? ¿No me quiere?

Secretos secretos secretos secretos

¿Sabes quién soy yo? ¿Tú quién eres?

Secretos secretos secretos secretos

¿Qué hay detrás de mi espalda?

Secretos secretos secretos secretos

...¿Me quieres contar tus secretos?

Nanopoesía

HIDRATACIÓN

Tu sed es música para mi piel...
 tu sed de mí es música para mi piel...
 ¡te ruego que me bebas ahora mismo!

(CRIMEN PASIONAL)

Justo cuando me sentía pertenecer
 me perdí en lo más profundo
 de tus brazos-constrictor
 fatales

AMBIVALENCIA

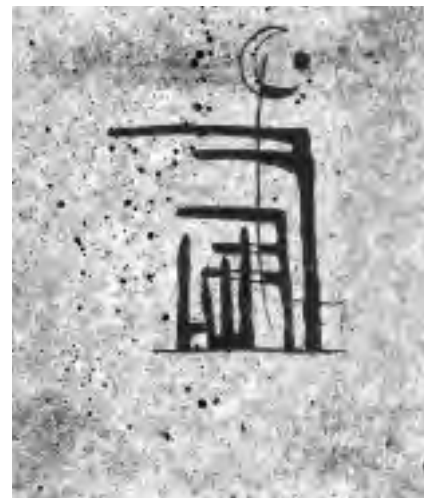
¡No te me pierdas corazón!
 ¿A dónde voy a ir sin órgano que lleve sangre a mi cuerpo...?

COMPLEMENTOS

¿Qué pasa entre tus labios?
 los míos
 ¿Qué pasa entre tus manos?
 mi cuerpo
 ¿Qué pasa entre nosotros?
 (secretos)

EQUINOCCIO DE PRIMAVERA (A Midori)

Hay que adelantar nuestros relojes
 y nuestros sueños floridos
 y nuestro último día
 y nuestra muerte.

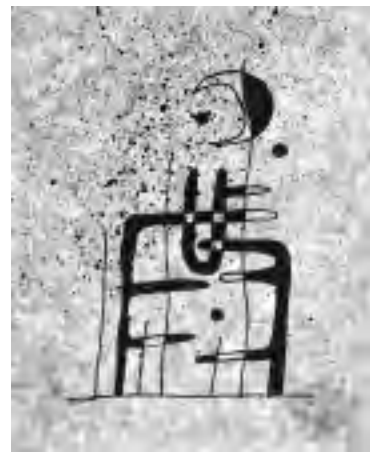


Adiós caracola

*Para Mido... la siempre
colorida Alfonsina Midori
de las caracolas marinas,
que nació 15 días antes de lo pensado y murió 15 días después de cumplir 15 años*

Tu futuro se nos rompió
en mil espejitos marinos.
Una sonrisa desfigurada rebasó mis huesos,
tus huesos negros.

Nadie imaginaba que florecerías muerta
blanca,
sin tus reflejos;
dulcemente, tu melodía asumió lógicas lágrimas
melodiosas... suntuosas



había florecitas entre tus dedos (cuatro, una entre cada dedo)
había huesos mal acomodados (tres, el occipital y dos del cráneo)
había caracolas (dos, para oír el mar en cada oreja)
luceros (uno... adiós)



Concurso 36

Cuarta entrega

Coliseo de mis alcoholes / Mención en crónica
Norma Irene Aguilar Hernández, Ciencias de la Comunicación
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM
Jurado: Josefina Estrada, Emiliano Pérez Cruz

Sombras en la oscuridad / Mención en fotografía
Esteban López Jiménez, Diseño y Comunicación Visual
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM
Jurado: Javier Hinojosa, Francisco Kochen

El Grillo / Premio de teatro
Aileen Patricia Martínez Ortega, Lingüística
Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa
Jurado: Ximena Escalante, Ignacio Flores de la Lama

Bar palpitante / Mención en viñeta
Manuel Díaz Reyes, Diseño y Comunicación Visual
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM
Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



**PUNTO DE
PARTIDA**

Punto



punto
DE PARTIDA

Coliseo de mis alcoholes

Norma Irene Aguilar Hernández

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

¡Órale Martita, échate otra chelita!, suplican los labios amoratados y la lengua entorpecida de un hombre a la dueña del lugar. *¡Ésa mi Martha, véngase pa'cá y me dejo planchar!*, insiste, arrugando el entrecejo y los cachetes de jitomate, otro cliente de la misma mesa, donde reina el regocijo que la oscuridad y las estrellas le imprimen a la medianoche del sábado en un bar.

Después de escupir la risotada, pasan la teporoche de mano en mano con ojos colorados de perro viejo, compartiendo la caguama y respirando a bocanadas el espíritu del cigarro que ya ha cumplido su misión de ennegrecer los pulmones. Ninguno se fija quién de los cuatro amigos puso para comprar el pomito o la cajetilla de tabacos, porque lo primordial es unirse a la algarabía que trae consigo la primera semana de éxito en La Coliseo de Martha Villalobos.

¡Pus pa'que vean que yo no me quiero hacer millonaria nomás de madrearles el hígado a ustedes, pues me lo madreo yo también! Y Martha, ama y señora de la corona mundial de peso completo en la lucha libre —de dos gimnasios y de su recién inaugurado bar— se acerca a la tertulia para mezclar en su estómago grandes sorbos de caguama con los “caballitos” de tequila y vodka que le han estado cociendo las tripas desde las ocho de la noche.

En el interior de un edificio vetusto se buscó la manera de improvisar el recinto. La noche amaga, impávida y fría, tras las coyunturas oxidadas de las ventanas; los sonidos rebotan en todas direcciones, chocando de nuevo en las cabezas. Por las fosas nasales se interna no el olor a cigarro —la amplitud del lugar permite que se dispersen las espirales de cada fumada— aunque sí un fuerte hedor a cal húmeda, yeso y pintura fresca.



Martha Villalobos

Agradecemos a la revista *Box y lucha* su apoyo para la ilustración de este texto con imágenes de la luchadora Martha Villalobos.



Dos enormes columnas azules contrastan con el blanco que impera en todo el terreno y con las escaleras de concreto que conducen al primer piso y a los sanitarios, limpios aún. Varios grupos de orificios y su maraña de cables no pierden la esperanza de que algún día lleguen sus focos. Al centro, para dar un ambiente luchístico al asunto, Martha Villalobos espera colocar un cuadrilátero, igualito al que por más de veinte años le ha servido para poner en su lugar a cuanta luchadora se le para enfrente.

Adentro de la rockola, todavía con el plástico que evidencia su reciente adquisición, esperan su turno muchas canciones que Martha, gustosa, va invitando a sus clientes. Mientras tanto, la voz de José Guadalupe Esparza y su grupo *Bronco* rompen el espinazo del orgullo de un hombre, el mismo que vomitaba sus penas en la mesa con Martha Villalobos, antes de que *La Diva* se fuera a celebrar con la tropa.

El infortunado caballero —ebria mano con caguama temblorosa— revive su desventura con las estrofas de “Arráncame la vida”, ahogándose en sus mocos y en su fracaso: *Para qué quiero el mundo, si me condenas a enfrentarlo solo; para qué quiero sueños, si no habrá con quién soñar. Si es verdad que te marchas, arráncame la vida, porque no quiero vivirla, ni un instante, si te vas...*

El comensal, aprovechando que se encuentra junto a las escaleras, se levanta en un segundo, tambaleándose, huyendo de las miradas que se han clavado en su agonía, dispuesto a no se sabe qué. Sólo lleva consigo los versos que le han achicado el corazón: *Arráncame la vida, porque será imposible vivirla soportando este tremendo dolor...*

El mesero, ocupado en vaciar salsa picante y crema a un plato de chicharrones, no termina de convertir en ombliguera su playera amarilla, anudándola en la espalda, cuando se dispone a salir corriendo detrás del cliente que, para agradecer la borrachera, deja sus pertenencias —un abrigo gris de lana, perlado por las gotitas de caguama que está absorbiendo, y una bolsa de plástico donde se vislumbra un rollo de papel higiénico y un encendedor.



Todo silencio; Lupe Esparza ha terminado de arrancarse la vida. La jefa ordena: *¡Déjalo! No se va. Es que el güey anda mal porque ya lo mandaron a la chingada la semana pasada. Ayer en la noche así se salió y luego lo tuvimos que ir a meter porque no aguantaba el frío. Na' más está allá afuera gritando puras pendejadas, pero no hace nada malo. Ai te lo encargo, no lo vaya a matar un coche por baboso...*

Sigue la verbena, ahora con “Cielo rojo”, de Flor Silvestre. Martha Villalobos se acerca al mostrador para sacar un juego de dominó y volver a descansar sus más de cien kilos de peso en una mesa, desde donde vigila —a través de un espejo— quién baja y quién sube a su Coliseo romano en aquel trozo de la Avenida R-1, en Ecatepec de Morelos.

Buscando mujeres con minúsculos vestidos llegan dos tipos soberbiamente ebrios, cargando en sus panzas y pies la hinchazón de la cirrosis, lamentando que no exista todavía el pasamanos en las escaleras que suben a La Coliseo. Ambos trepan casi a rastras, para toparse de frente con la desilusión: *No mames güey, aquí no hay viejas, vámonos a Las Vaqueritas... ¿Qué? Tú no eres Martha Villalobos, me canso que no. La original ha de andar luchando por ahí...*

Temiendo que, en cualquier momento, de su lengua estalle en todo el universo el grito de *¡Fuera!*, Martita Villalobos cuenta hasta mil y regresa a dar la bienvenida —acostumbrada a saludar chocando con fuerza la palma de las manos— a nuevos clientes. No pierde ocasión para saludar, mesa por mesa, a los que respondieron con gusto a su constante *¿Le sirvo de cenar?* o a los que no se resistieron por el autógrafo.

Los dos aventureros, con las mejillas embadurnadas de mugre y sudor, piden fuerzas al alcohol para bajar las escaleras. En medio de la temblorina cada uno tiene dos pies izquierdos, incapaces de destrabarse ante la sorpresa del inminente madrazo de casi quince escalones que la embriaguez les regaló. Ahora su borrachera empieza a curarse sola con el susto y los raspones en los codos; ni modo, para atarantar de nuevo la lengua tendrán que buscar pronto otro lugar.



Esos güeyes. ¡Yo no les vendo una chela a cuarenta, se las doy a doce pinches pesos y todavía me dicen que no soy la original! Allá en Las Vaqueritas sí les van a sacar la lana a los cabrones... Y por lo de las viejas, el viernes voy a tener show de tangas mixto y todos ustedes están invitados. Va a venir Intocable, el luchador, para encargarse de las chavas, y una chica, para los viejos...

Otra mesa, donde ya el alcohol ha hecho prisioneros a tres clientes, responde: *Tons' qué, Martita, ¿tú vas a hacer el show de tangas?* Y la poseedora del título “Reina de Reinas” en el ring se decide a dar muestra de su sensualidad a los invitados, utilizando como fondo musical a Thalía y su canción “A quién

le importa”, la que siempre pide a los promotores para arribar a las arenas.

En sus oídos se atorán los chillidos y los aplausos, como los que siempre recibe de los seguidores del deporte de las llaves. Muchas pupilas no dejan de dilatarse para ver a Martha revolotear gozosa con sus pasos de baile en el piso chipotudo — uno a la izquierda y otro a la derecha—, esos que le sirven para menearse igual en todas las canciones. Ahora da gusto a un cliente bailando “Golpes en el corazón” con su paso estándar, al ritmo del acordeón de Los Tigres del Norte.

La también dueña de una barriga escandalosa ha llevado hasta su bar la prueba de que ha recorrido mucho mundo. En la mesita donde se preparan las bebidas empieza una muestra fotográfica de la gladiadora, desde sus inicios en la lucha libre, cuando sus lentes oscuros, su chamarra de piel y su cabello verde dirigían a Las Rockeras. Fotografías con Paty Chapoy y Nino Canún, con otros luchadores y carteles autografiados de la revista *Box y Lucha* dan la vuelta al recinto.

Un añejo recorte de periódico explica, de un solo tajo: “Martha Villalobos, la mejor luchadora de 1992”... Contrastan con sus vestuarios de atrevida y su fama de ruda rompemadres las imágenes religiosas que auguran la buena suerte para el negocio y para Martha en el ring; veladoras envueltas en papel aluminio, claveles rojos y blancos...

Esta noche Marthita, regordeta de consistencia, está enfundada no en un calzonzote y medias de nylon con bolitas de colores, sino en un pantalón de mezclilla y playera negra. Ahora no ha dejado al descubierto sus pequeños pies, como lo hace cuando va a luchar. Sus ojos, agradecidos, siguen descansando de las plastas de crema y el polvo luminoso que han cargado en cada arribo al cuadrilátero.

Dos hombres, los de la mesa del rincón, están convertidos en un bloque de hielo por esas cosas del alcohol. Sumergidos en el letargo, se pierden el show que Martha Villalobos hace a Gronda, un portentoso luchador con la piel embarrada de crema roja que los profesionales del *graffiti* hicieron para la perpetua decoración del espacio. *Esto así se hace, chava, pon atención para que deleites a tu novio, marido, amante o lo que sea*, dice a la única mujer que se encuentra en el lugar, sin saber que ésta toma nota debajo de la mesa para su trabajo de la Universidad.

Martha Villalobos recarga el trasero justo en el calzoncillo de Gronda, meneándose desinhibida y con entrega plena. Aplausos, risas y gritos entre caguamas, bromas y albures; algunos clientes ya extienden su billete, imaginando que llegarán a colocarlo en la cintura de la bailarina.

Y para que lo prepares le haces esto, mira..., aconseja a la misma mujer, besándole el pezón al Gronda de la pared con la punta de la lengua y acariciándole tremendas venas en los bíceps, muy bien trabajados en el gimnasio. *Ora que si quieres con dos, pus por acá anda* La Parka... Y repite la operación acercando la punta de su lengua al otro *graffiti*, que llega al techo del recinto.

Ya pasan de las dos en el reloj y la luz neón se cuela a la diversión entre la sombra de un poste y las mesas de repuesto. La madrugada, fría en exceso, traspone las fronteras de la piel y se hunde por entre los músculos. Quienes consideran que el momento amerita otro *pegue*, ordenan más caguamas a la única poseedora del preciado tesoro, para ellos lo único dulce, placentero y capaz de suavizar un poco las dolientes asperezas en la lucha por la vida. ♀



Sombras en la oscuridad

Esteban López Jiménez

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM







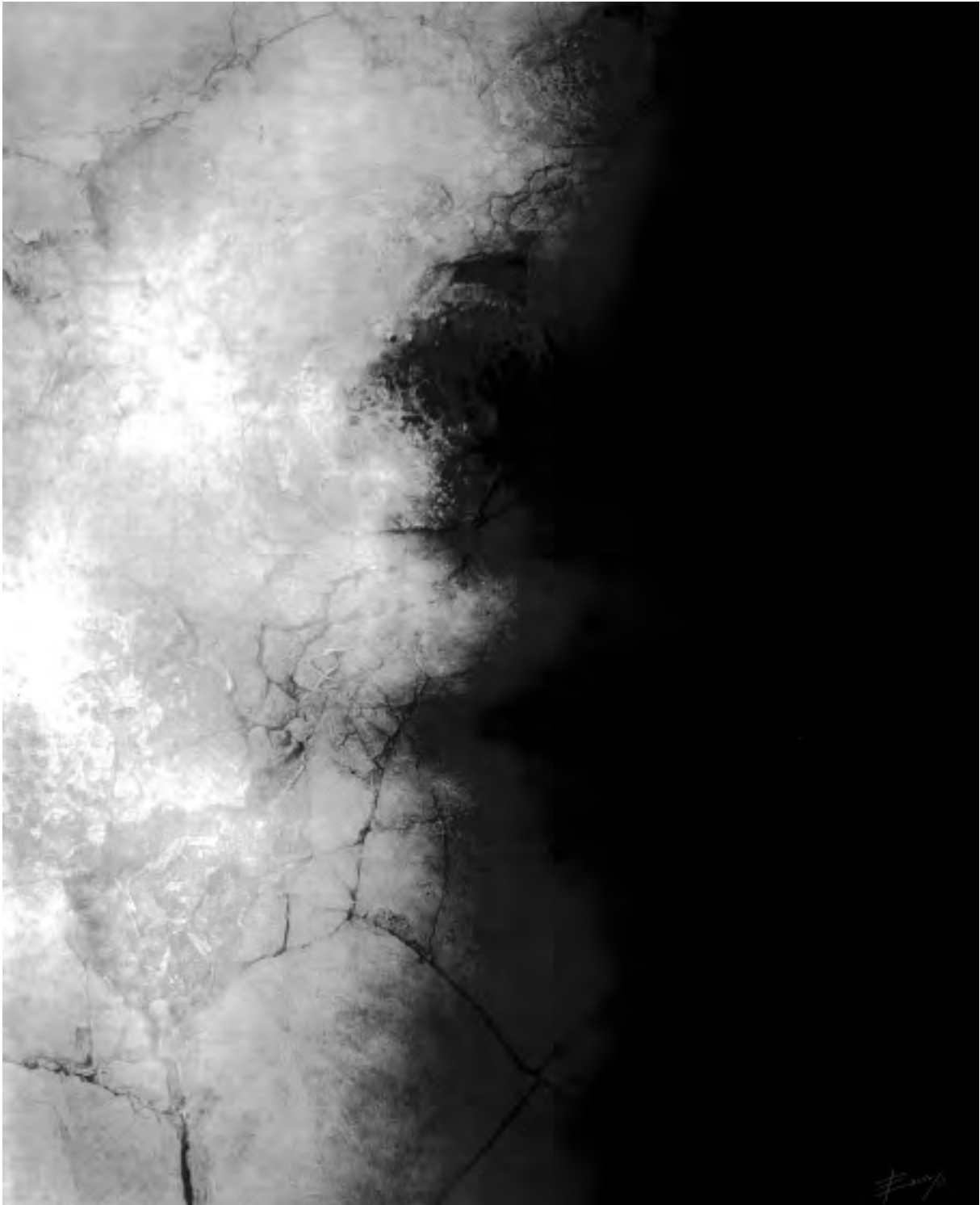














El Grillo

Aileen Patricia Martínez Ortega

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

OBRA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

CUITLÁHUAC GALVÁN, el Grillo, 18 años

LUIS GALVÁN, padre del Grillo, 52 años

CLARA LEÓN, madre del Grillo, 50 años

SANDRA GALVÁN, hermana del Grillo, 16 años

VALENTINA ESTRADA, amiga del Grillo, 18 años

EL PROFESOR ROJAS, narcopolítico y jefe de Luis, 65 años

MUCHACHO 1, 18 años

MUCHACHO 2, 15 años

MUCHACHO 3, 21 años

Cuatro AGENTES de la POLICÍA FEDERAL PREVENTIVA

ÉPOCA: enero de 2000

LUGAR: México, D. F.

PRIMER ACTO

Departamento de familia clasemediera. A la derecha al fondo, un sillón love-seat gastado, de frente al público, cubierto con sarapes de colores folclóricos. A ambos lados del sillón hay un par de burós estilo rústico; sobre uno de ellos, un teléfono; el otro sostiene una lámpara artesanal. Frente al sillón, una mesa sostiene un televisor. La sala en general está decorada con cuadros indígenas y artesanías. Al fondo de la sala, en el ciclorama, hay una entrada sin puerta que conduce al resto de las habitaciones. En el lado derecho de la sala está la entrada del departamento. En el lado izquierdo



Dibujos de Laura Monterrubio, ENAP, UNAM

del escenario está la recámara de Cuitláhuac, que permanece a oscuras.

Luis está sentado con el cuerpo tenso en el sillón. Porta un traje de vestir impecable pero su barriga sobresale de sus pantalones. Mira su reloj. Se levanta, echa un vistazo por la sala, agarrando con un dejo de desprecio los adornos hippies. Vuelve a sentarse; se ve fastidiado. Suena el teléfono celular de Luis, quien lo contesta inmediatamente.

LUIS: Bueno... (con gusto forzado.) Profesor Rojas, buenas noches. Estaba esperando su llamada... En la casa de mi exmujer... Sí, como quedamos, yo entrego eso y cobro los cheques... Buenas noches. (Cuelga, con enfado y desgano.) ¡Hijo de la chingada!

Clara entra de mala gana. Está vestida con unos mullones y un huipil bordado que cubre sus enormes caderas, tiene el cabello largo y negro recogido en un chongo trenzado. Empuja una mesa con ruedas sobre la cual hay comida para Luis. Clara lo mira con recelo, luego finge dolor.

CLARA: Otra vez ando con lo de las rodillas. A ver si luego me llevas al doctor.



LUIS: (Se acerca a su cena y la prueba, contesta con desenfado.) Siempre tiene que ser lo mismo cuando vengo. Te la pasas quejándote. Ve al seguro.

CLARA: ¿Con esos carniceros? ¡Ni madres! Dame para un buen médico. Es tu obligación ver que todos estamos bien. Por cierto, veme dando la mesada.

Clara extiende la mano. Luis la deja con la mano estirada.

LUIS: A Sandra ya la vi. Pero al cabrón del Grillo no. Por lo menos debería estar aquí ese güey cuando vengo.

CLARA: ¿Y cómo yo no he visto a Sandra?

LUIS: Tiene rato que llegó. Ya ves cómo es, luego se encierra en su cuarto o en el del Grillo.

El cuarto de Cuiláhuac se ilumina. Tiene un librero repleto de libros, un escritorio y una cama. En la pared de la derecha está la puerta de un clóset. Las paredes están tapizadas con afiches del Ché, el subcomandante Marcos, Zapata y demás símbolos revolucionarios. Sandra es quien prendió la luz. Está vestida con minifalda y blusa ombliguera. Esculca las cosas de su hermanito: registra entre algunos libros, abre cajones, etc. Se asoma debajo de la cama, encuentra dos botes rojinegros, los abre, saca un puñado de monedas y las mete a sus bolsillos.

CLARA: Uy, si está en el cuarto de Cui, mejor voy a sacarla. No vaya ser que mi'jo la encuentre y...

LUIS: Déjala, creo que quería un libro, ya ves que tu hijito se los apañó todos.

CLARA: Pues es que a Sandra no le gusta leer. Por cierto, tu hija me dijo que necesitaba una mochila nueva y zapatos. Yo también necesito zapatos. Tengo un año con estas chanclas.

LUIS: Bueno, tú porque te clavaste en la onda hippie... Y hablando de vagos, no me contestaste: ¿dónde chingados anda tu hijo?

CLARA: Cui me avisó que llegaría tarde...

Sandra deja los botes donde estaban y esculca con desgano en el clóset.

LUIS: ¿Otra vez anda en lo de la huelga, verdad?

Sandra saca una pancarta, la extiende, se lee: “Un diálogo justo para seis demandas justas: CGH.”

CLARA: ¿Y a ti qué? ¿No dices que es tu Grillo?

LUIS: (*Chasca la lengua.*) Al principio pensé que sí la estaba haciendo, pero ya me ha demostrado muchas veces que está en la pendeja.

CLARA: (*Irónica.*) ¿Y qué quieres? ¿Que se vuelva un traidor al que le importe más el poder y el dinero que sus amigos y sus ideales?

LUIS: ¡Ay, ya, no empecemos de nuevo con lo mismo! No podía pasarme la vida arreando a una bola de pendejos que ni siquiera sabían lo que querían. Además, tú a güevo querías salirte de tu casa. No me puedes recriminar haberme vendido si con ese dinero te compré este departamento.

CLARA: El dinero siempre hace falta y no niego que me dio gusto que el gobierno reconociera tu talento

para jalar a la banda. Yo lo único que te reclamo es que no hayas respetado tus ideales.

LUIS: Y por eso le atiborraste la cabeza a tu hijo con tanta mamada. Si se chingan al Grillo por andar en la bola va a ser tu culpa.

CLARA: Cuitláhuac no es de la bola, es un líder. Y un líder chingón. Con verdadera conciencia. Vas a ver que él ni se va a vender ni va a abandonar a sus compañeros, ni sus ideales. Él sí llegará a ser como el Ché.

Sandra hace bolas la pancarta y la bota en la cama. Sacca un carrujo de mota, lo enciende, se lo fuma y se sienta desgarradamente.

LUIS: (*Fastidiado.*) Ya no te claves, pinche Clara. Además a ese pendejo también se lo chingaron. Mejor cuida a tu hijo para que no le pase lo mismo. Lo malo es que a mí no me escucha. Le conseguí una plaza en Gobernación y no tenía que hacer gran cosa y qué me dice el imbécil: “No me voy alinear.” Te digo que le has metido pura mierda en el cerebro. En lugar de decirle tantas pendejadas, habías de convencerlo, te conviene, nos conviene...

Por la puerta de entrada al departamento aparece Cuitláhuac (tiene una herida de una semana en la ceja) y con él Valentina. Ambos llevan sus mochilas al hombro. Sandra, que oye la llegada de su hermano, pega la oreja a la puerta que da a la sala.

CLARA: (*A Cuitláhuac.*) ¡Hijito!, no te vas a morir pronto. (*Besa a su hijo.*)

VALENTINA: Buenas noches.

LUIS: Ya era hora, cabrón.

CLARA: (*Haciendo a un lado a Luis.*) ¿Qué pasó con tu propuesta, la del frente común que me constaste?

CUITLÁHUAC: Pues ya es un hecho.

VALENTINA: Lo hubiera visto hablar, señora: “Con la creación del Frente Justo Sierra se sabrá que en la prepa tres ya no hay paristas ni antiparistas, que somos un sólo frente.”





CLARA: (*Abraza a Cuitláhuac.*) No sabes qué gusto me da que los chavos te hayan escuchado. No me extraña, mi vida. Eres muy inteligente...

LUIS: ¿Frente común? ¿Y qué, quién lo va dirigir? ¿Tú?

CUITLÁHUAC: Yo soy uno de los líderes.

LUIS: Uno de los líderes... ¿Y ahora quién los mangonea? ¡Yo era el único en mis tiempos! En toda la prepa se hacía lo que yo decía.

CUITLÁHUAC: Tú lo has dicho: en tus tiempos, rucu. Ahora es otro el bisne.

LUIS: Otros tiempos, ¡mis güevos! A ver, de seguro se organizaron en células.

CUITLÁHUAC: ...Pues sí.

LUIS: ¿Y cuándo crees que se inventaron las células, pendejo? Así van a valer madres más rápido, esas mamadas no funcionan, si lo sabré.

CUITLÁHUAC: No te pregunté tu opinión.

LUIS: Por eso te metes en tantas pinches broncas, porque no me quieres escuchar, yo sé cómo está el pedo, lo que tienes que hacer es...

CLARA: ¡Ya basta! Luis, no nos has descuidado y te lo agradezco. Pero cuando nos divorciamos, quedamos en que yo educaría a mis hijos. A ti te convino para que pudieras hacer tu vida. Así que ya viniste, ya nos viste, dame el dinero y vete.

LUIS: ¡Ah, qué pinche fácil, no! Ahora resulta que no puedo intervenir en la educación de mis hijos, nomás con que sea el güey que la pague.

CUITLÁHUAC: Puedo decidir qué educación recibir, ya soy adulto.

LUIS: (*Chasca la lengua.*) Eres pendejo.

CUITLÁHUAC: ¿Por qué no puedes confiar en mí?

LUIS: Porque la cagas a cada rato, güey, por eso.

CUITLÁHUAC: ¿Y qué sería mejor? ¿Quedarme tranquilo rumiando música como tu Sandrita?

LUIS: Por lo menos a ella no la han golpeado por andar de revoltosa.

CUITLÁHUAC: (*Se toca la cicatriz.*) Tú sabes que esto yo no me lo busqué, ¡pinches granaderos...!

LUIS: (*Interrumpiéndolo.*) ¡Ya cállate! Estoy harto de tus explicaciones. Estoy harto de todos ustedes.

CLARA: Pues te jodes porque somos tu familia.

LUIS: Sí, maldita sea, y no sabes cómo me han chingado por eso. Por culpa de ustedes dejé que me jodieran bien y bonito. Pero eso ya se acabó...

CLARA: ¿Cómo que se acabó? En el acuerdo de divorcio...

LUIS: ¡El acuerdo la chingada! No me quieren ayudar pero bien que me estorban. (*A Clara.*) Tú con tus pinches achaques. (*A Cuitláhuac.*) Y tú con tus pendejadas de porro altruista.

CLARA: ¿Y qué vas a hacer? ¿Desaparecer?

LUIS: ¿Crees que no podría, que no me atrevo? Lo pude haber hecho desde hace mucho.

CLARA: Tal vez yo te valga madres. Pero no puedes abandonar a tus hijos.

LUIS: El Grillo ya está grandecito, si no me obedece y si no me ayuda, que vea lo jodido que es mantenerte, pinche sanguijuela.

CLARA: ¡A mí no me vas a ver la cara! ¡Tú tienes la obligación de...!

LUIS: (*Ríe.*) Si la cara ya la traes. Por qué no iba a chingarme a una pobre pendeja *hippie* retrógrada que aparte de todo se la pasa jodiéndome.

CUITLÁHUAC: No necesitamos tu pinche limosna.

CLARA: ¡Cállate, Cuitláhuac! No te metas. Yo arreglo esto con tu padre.

CUITLÁHUAC: ¡No me pidas que no me meta! ¡No me trates como a un escuinclé! ¡Que se quede con su dinero mierda!

LUIS: ¡Mierda es lo que vas a comer de ahora en adelante, hijo de la chingada!

Luis se dirige a la entrada.

CLARA: ¡No nos puedes desamparar!

Sandra se ríe, termina su bacha y se echa de nuevo en la cama de Cuitláhuac, está jugando con las mantas, en el alucine. Luis sale del departamento y azota la puerta. Clara recarga sus manos y su frente en la puerta. Cuitláhuac le toma los hombros a su madre. Valentina, cerca de la puerta de la habitación de Cuitláhuac, se mueve nerviosa, sin saber qué hacer.

CUITLÁHUAC: (*A Clara.*) Mi padre es un completo imbecil. Es mejor que se largue.

CLARA: Para lo único que quiero a ese güey es para que mis hijos vivan bien, que tengan una casa, educación, comida.

CUITLÁHUAC: Tú nos puedes dar todo eso sin necesidad de depender de un desgraciado como mi padre.

CLARA: (*Sentándose al lado de su hijo.*) Tú sabes que lo he intentado, pero los años ya me pesan y...

CUITLÁHUAC: Perdóname madre, pero esas son mamadas. Te fuiste descuidando por güevona. Ésa es la verdad. Te la pasas hablando de la lucha de clases, del ideal socialista, y la primera en traicionar esas ideas eres tú sometiéndote al yugo de un maldito burócrata corrupto.

CLARA: Pues perdóname por querer que mis hijos crecieran sin necesidades, como crecí yo.

CUITLÁHUAC: (*Entonando sarcásticamente "Historia de amor".*) Shálala lala...

CLARA: No te burles de tu madre. Y no seas tan duro con tu padre, piensa lo difícil que debe ser estar en un ambiente corrupto y no ceder. A güevo te vas volviendo como ellos.

CUITLÁHUAC: ¿Y crees que no lo he vivido en carne propia? La chamba en Gobernación de mi padre no es el único hueso que me han ofrecido. Yo nomás veo cómo uno a uno mis compañeros han cedido. Ellos y mi padre siempre tuvieron un idealismo muy de morondanga.

CLARA: ¡Cómo puedes decir eso de tu padre! ¡Tú no lo viste luchar por la causa! ¡No lo viste exaltado frente a la gente, incitándonos a todos a no ceder ante la represión!

CUITLÁHUAC: Pues decía una cosa y hacía otras. ¿Sabes qué se la pasa repitiéndome? (*Imitando.*) "Si a los quince no eres de izquierda eres un pendejo, pero si a los treinta sigues siendo de izquierda eres todavía más pendejo." Y luego remata: "Así que demuéstrame que eres mi hijo y adelántate a tu edad. ¡No cometas la pendejada de tu madre de quedarte para siempre en esos rollos!"

CLARA: Tu padre antes era otro...

CUITLÁHUAC: ¿Qué no te das cuenta de su engaño? Mi padre era un pusilánime que ponía enfrente a sus amigos para que a ellos les tocaran los madrazos y luego fingía indignación ante las autoridades. Eso es lo que él me ha contado. Y he visto a mis compañeros hacer lo mismo. Mi padre se corrompió y ahora está enfermo de poder. Mi padre... hasta me da vergüenza decir que ese hijo de puta es mi padre.

CLARA: Bueno, sí, es un hijo de puta, manipulador, ese cabrón. Y ni siquiera es cabrón-cabrón, ¡no estaríamos tan jodidos!

CUITLÁHUAC: Tú también eres una cabrona. Te la pasas manipulándome. Crees que no me doy cuenta. La idea del frente común fue tuya. Yo nada más le puse el nombre. ¿Qué más tienes planeado para mí? ¿Que me vuelva guerrillero, para que cuando me maten puedas llorarme orgullosamente?

CLARA: ...Yo no quiero que te maten. Por eso te aconsejo. Porque yo viví lo que tú estas viviendo.



CUITLÁHUAC: Eso es lo más frustrante, madre, que la historia se está repitiendo pero ahora la cosa es más *light* porque todo es más decadente.

CLARA: No, no, no. Todo tiene que evolucionar, no se puede repetir, mucho menos degradar...

CUITLÁHUAC: ¡La dialéctica es una mamada!

CLARA: Pero es porque casi nadie tiene una verdadera conciencia histórica, como la que yo te inculqué.

CUITLÁHUAC: (*Irónico.*) Si, a güevo, tú y tu versión rosa del marxismo, como si en un pinche país tercermundista guadalupano pambolero la gente pudiera dejar de pedirle a diosito bimbo que le arregle la vida, como si de veras fuera posible que la jodida clase media mexicana fuera capaz de dejar su pinche conformismo a un lado y comenzara a guiar a la revolución a un proletariado aún más conformista.

CLARA: Tienes toda la razón, mi'jo. Estoy orgullosa de que entiendas la problemática de tu país. Ahora lo que debes hacer es precisamente guiar a quienes no tienen esa visión tan preclara tuya para que...

CUITLÁHUAC: Y tachas de manipulador a mi padre...

CLARA: (*Indignada.*) Te he aconsejado, ¿qué se supone que debí hacer?

CUITLÁHUAC: Hablarme claro y no mangonearme como pendejo.

Clara se exaspera pero no sabe qué contestar y sale por la puerta que da al resto del departamento. Cuitláhuac se sienta en el sillón y se mesa el cabello en un gesto de agobio. Valentina se sienta a su lado, lo abraza, trata de calmarlo.

VALENTINA: No deberías ser tan ojete con tu jefa, después de todo, en gran parte gracias a lo que te enseñó es que ahora eres como eres.

CUITLÁHUAC: Ése es el puto pedo.

VALENTINA: No puedes deprimerte ahora. Tienes un mitin que dirigir.

CUITLÁHUAC: Ni siquiera sé qué podría decir ahora. Todo esto está mal. El movimiento no tarda en valer madres y no sé qué hacer para que no pase.

VALENTINA: O sea, ¡hello! ¡Güey, eres uno de los líderes, los chavos te hacen caso, el Frente cuenta contigo! ¡Déjate de pendejadas!

CUITLÁHUAC: Tienes razón, no me puedo echar para atrás ahora. Así que voy a darle con lo que tengo, aunque...

VALENTINA: (*Lo toma de los hombros.*) Aunque nada. No dudes. Si vacilas es más fácil que te cargue la chingada. (*Maliciosa.*) Pero si no te sientes seguro, Lalo puede encabezar el mitin.

A Cuitláhuac se le encienden los ojos.

CUITLÁHUAC: ¡Ni madres! Si quiero que salgan bien las cosas tengo que hacerlas yo. Lalo se pone muy loco y lo peor es que hace que los demás también se prendan y todo puede valer madres.

VALENTINA: Aunque debes reconocer que por eso más banda sigue a Lalo.

CUITLÁHUAC: Ya no me piques la cresta, cabroncita. Ya entendí. En todo, preferiría que tú tomaras mi lugar.

VALENTINA: A mí no me eches la bolita. Además, a mí no me pelan.

CUITLÁHUAC: Pero quisieras...

VALENTINA: (*Esquiva, mira el reloj.*) ¡Güey, ya son las cinco y media, no vamos a llegar! Quedamos de estar a las seis para el mitin y además nos toca la guardia. ¿Dónde tienes las mantas y el dinero que boteamos?

CUITLÁHUAC: En mi cuarto.

Cuitláhuac entra en su cuarto, Valentina lo sigue. Encuentran a Sandra en la cama. Ella voltea hacia él con la mirada perdida, lo saluda y le sonrío. Él le quita las mantas y la toma de un brazo, la sacude. Valentina abanica con las palmas el aire para despejar.

CUITLÁHUAC: ¿Qué coños haces aquí, pinche mari-guana?

SANDRA: (*Siempre con la voz afectada.*) ¡Qué te pasa, pendejo! (*Intenta forcejear débilmente.*) ¿Cómo putas te atreves a tocarme? ¡Suéltame, imbécil!

CUITLÁHUAC: ¡Te he dicho mil veces que no te metas en mi cuarto!

SANDRA: Necesitaba un libro, güey. ¿No dices que la cultura es de todos? Te contradices. (*Burlona.*) ¡Pinche monopolista de mierda!

CUITLÁHUAC: (*Con desprecio.*) ¿Para qué lo quieres? ¿A poco sabes leer?

SANDRA: Ja, ja, ja, pinche pendejo. El que buscaba me lo compró mi papi.

CUITLÁHUAC: ¡Papi, papi! Para tu información tu papito ya se fue. Nos abandonó. Y tú le valiste madre.

SANDRA: Yo no le valgo madres, looser, yo sí sé dónde encontrarlo.

Sandra intenta irse. Cuitláhuac la tumba fácilmente sobre la cama. Ella se ríe cínicamente.

SANDRA: ¡Órale, qué chido se sintió! ¡Hazme otra vez!

Cuitláhuac le mienta la madre con el brazo. Valentina alza las mantas, las dobla y las mete en su mochila. Cui-

tláhuac saca los botes de abajo de la cama, los sopesa y los mete a su mochila.

CUITLÁHUAC: ¿Agarraste dinero, verdad, pendeja?

Sandra ríe de nuevo. Cuitláhuac trata de esculcarla pero ella le da una patada.

SANDRA: Me das lástima, güey. Crees que nada a contracorriente y no te das cuenta de que te estás ahogando en un pinche vaso de agua estancada.

Sandra se va directamente a la entrada del departamento, sale. Clara entra a la sala, está hablando por un teléfono inalámbrico, pero no se escucha su conversación. Valentina ayuda a incorporarse a Cuitláhuac, ambos salen de la habitación. Valentina va a despedirse pero Cuitláhuac le cubre la boca con la mano. Clara está ensimismada en la charla, no se percata de la presencia de su hijo y sigue hablando por teléfono.

CLARA: Reconozco que debo controlar más al Grillo, pero tú no puedes desampararnos. Dime, ¿qué quieres que haga?... Pero él es rebelde, ya sabes cómo son los adolescentes... Okey, yo tengo la culpa, pero tú entiende que quiere vivir lo mismo... Sí, sí, por mi culpa... Pero ahora con mayor razón no puedes dejarnos así... ¿condiciones?... (*Suspiro.*) A ver, ¿qué condiciones?

Cuitláhuac se acerca y le arrebató el auricular a Clara.

CUITLÁHUAC: ¡Olvídalo, no queremos nada de ti! ¡Púdrete!

Cuitláhuac cuelga y sale abatido del departamento, Valentina lo sigue desconcertada. Clara se acerca a la puerta.

CLARA: ¡Cuitláhuac, vuelve aquí!

CUITLÁHUAC: (*Desde afuera.*) ¡Púdrete tú también!

TELÓN.

SEGUNDO ACTO

La luz de la tarde cae en un pasillo de la Preparatoria número 3. Rastros de que ahí han estado viviendo algunos estudiantes se dejan ver por aquí y por allá (tendederos, una parrilla, etc.). Varias mesas y sillas destrozadas están regadas por todos lados junto con botes para pedir dinero, papeles, etc. Al fondo se abre una puerta que da a un salón. Sobre una mesa, a un lado de la puerta, hay un altavoz. En la banquetta del pasillo, en el extremo derecho, están sentados tres Muchachos. Sus atavíos son indistintos y sus actitudes, indolentes. Están jugando con cartas coleccionables.

Valentina y Cuitláhuac (que tienen la misma ropa del acto anterior pero rota y sucia) entran por la puerta del salón. Llevan volantes. Valentina deja sus hojas



en la mesa y toma el altavoz. Cuitláhuac se dirige a los Muchachos. Les da volantes y los sermonea, pero ellos no escuchan sus palabras.

VALENTINA: *(Por el altavoz, exaltada, al borde de la histeria.)* Compañeros: hemos recuperado las instalaciones de la prepa, pero sabemos que afuera persisten maestros y alumnos traidores, esbirros del sistema. Los mismos que hace unas horas nos sacaron de nuestra escuela, han solicitado la ayuda de las fuerzas policiales...

El altavoz falla. Valentina lo golpea un par de veces.

VALENTINA: *(Para sí.)* ¡Maldita mi suerte! Esto de acarrear gente, nomás no se me da. *(Mira a Cuitláhuac.)* ¡Ja!

Valentina sale por el salón dando golpes y soplando el aparato.

CUITLÁHUAC: ¿Entonces qué, se animan a echar a esos tiras de afuera?

MUCHACHO 1: La neta, estamos muy ocupados rascándonos los güevos.

MUCHACHO 2: Nos gusta el antrito, pero nos vale madres su desmadre. *(Arruga el papel y lo avienta a Cuitláhuac.)*

MUCHACHO 3: *(Empuja desganadamente con una mano a Muchacho 2.)* No seas bruto, se dice nos vale verga su desmadre, para no repetir.

MUCHACHO 2: *(Le contesta el empujón con uno igual.)* ¡No mames!

CUITLÁHUAC: *(Exaltado.)* ¡Cómo puede no interesarles la huelga!

MUCHACHO 2: Ah, ¿que hay huelga?

MUCHACHO 3: Pues esto se ve como siempre. *(Arruga el volante y lo tira.)*

MUCHACHO 1: Oigan, sí hay huelga *(hace un avión con el volante)*, por eso el profe Fierro no nos ha regañado por no entrar a clase.

CUITLÁHUAC: No sé qué hago con ustedes, son igualitos a mi hermana.



MUCHACHO 3: (*Con lascivia.*) Sandronda la cachonda.

MUCHACHO 1: La culona.

MUCHACHO 2: La ponedora.

MUCHACHO 3: La mamadora.

MUCHACHO 2: Préstala, cuña'ó.

CUITLÁHUAC: Por mí, se las regalo. (*Pausa reflexiva.*) No los entiendo. Si privatizan la universidad su cueva vale madres.

MUCHACHO 3: Están paranoicos, no van a privatizar esto.

MUCHACHO 2: Ni quien quiera tu pinche escuelita. Mira qué pocilga, esto no es bisne.

MUCHACHO 1: En todo caso, si nos corrieran de aquí, nosotros volaríamos a otro lado. ¡Uhhh! (*Lanza el avión de papel.*)

Muchacho 3 saca un carrujo de marihuana, lo prende y le da una bocanada.

MUCHACHO 3: (*Burlón.*) Apoyo esa moción, compañero.

MUCHACHO 2: ¡Móchate!

Muchacho 2 le arrebató el cigarro a Muchacho 3, le da una fumada profunda y se la pasa a Muchacho 1 que hace lo propio. Valentina, con el altavoz en mano, entra de nuevo. Se acerca a Cuitláhuac.

MUCHACHO 1: Chido.

CUITLÁHUAC: (*Enojado pero sin atreverse a arrebatárselas la bacha.*) Apaguen eso, idiotas. Por culpa de

gente como ustedes en los medios no nos bajan de drogadictos.

MUCHACHO 2: No los peles y se van.

MUCHACHO 1: ¡Ya! ¡No te hagas! Si ustedes son piores.

Al tal Lalo lo he visto darse sus pericazos.

VALENTINA: ¡No es cierto!

CUITLÁHUAC (*A Valentina, desanimado.*) Sí, es cierto...

MUCHACHO 3: Además, ¿qué tiene de malo el viaje?

Te libera del mundo...

VALENTINA: Si no les gusta el mundo deberían luchar para cambiarlo. ¿Por qué mejor no demuestran su desacuerdo en vez de evadirlo?

MUCHACHO 1: ¡Ay, no, qué güeva!

MUCHACHO 2: Nosotros no desmadramos este jolgorio, ¿por qué tendríamos que arreglarlo?

CUITLÁHUAC: (*Conteniendo su rabia.*) Okey, el mundo que nos heredaron está de cabeza. Lo peor es que los adultos ni siquiera nos dan chance de cambiarlo. Hacen sus tejemanajes, pura chingadera, pura corrupción. Como si no pudiera ser de otra manera. Ellos tuvieron su oportunidad y como no pudieron, ahora nos reprimen.

Mientras Cuitláhuac habla, los Muchachos bostezan, reinician su juego de cartas. Muchacho 2 incluso se pone sus audífonos para evadir el discurso. Pero estas actitudes no son tomadas en cuenta por Cuitláhuac, que está ensimismado en lo que dice.

CUITLÁHUAC: (*Imitando, con marcado tono impositivo.*)

“Yo ya lo intenté y no funciona”, “Contra el gobierno no se puede”, “Ya pónganse a estudiar, bola de güevones”. (*Recuperando su tono.*) Yo ya quiero entrar a la escuela, que haya clases, ¡me cae! Pero quiero que todos tengamos chance de estudiar. Quiero que no me vigilen. Quiero tener libertad de expresarme, libertad de hacer, de elegir y construir un mundo más justo. Sé que está cabrón porque cada quien ve por sus propios intereses. Cada quien lucha por salir adelante o incluso nomás por sobrevivir. A nadie le importa realmente lo que le pase a los demás. ¡Y qué putas hago yo con mis ganas de luchar, de salvar al mundo! ¿Ayudar a quienes pueda? (*Mira*

a los Muchachos, decepcionado.) Para que a nadie le importe y al rato vuelva todo a ser como antes, porque la gandallez y el conformismo ya son parte de la naturaleza humana. ¡Chale! (Con desgano.) Tienen razón, el mundo es una chingadera...

MUCHACHO 3: No, “el mundo es una barca, como dijo Calderón de la Mierda”.

Muchacho 1 y Muchacho 3 ríen. Las risas sacan a Cuitláhuac de su ensimismamiento.

CUITLÁHUAC: (Molesto.) ¿De qué se ríen?

MUCHACHO 3: Te equivocaste de época, chavo.

MUCHACHO 1: De planeta.

Los Muchachos retornan a su posición original ya sin prestar atención a Cuitláhuac. Valentina le toma el hombro a su amigo.

CUITLÁHUAC: Tal vez tengan razón...

VALENTINA: Vas a empezar de nuevo con idioteces. Tu choro iba bien, yo no sé qué te pasó al último.

CUITLÁHUAC: ¿Cuánto tiempo ha pasado y seguimos con lo mismo? Esta huelga no tiene sentido...



VALENTINA: Estás pero bien pendejo si te dejas convencer por esa runfla de descerebrados. No aflojes, Cui. ¿En qué quedamos en tu cantón?

CUITLÁHUAC: Güey, la mayoría de los güeyes por los que nos estamos partiendo la madre son como esos imbéciles, ¿qué puto caso tiene?

VALENTINA: ¿Sabes qué? Me estás empezando a agüevvar.

CUITLÁHUAC: Yo soy aquí el más agüevvado de todos. Me da güeva toda la mierda setentera que me metió mi madre desde que era un escuinle. ¿Y para qué? Para que esa pinche vieja le diga al hijoeputa de mi padre: (Satirizando.) “No puedes dejarnos así. A ver, ¿qué condiciones?”

VALENTINA: Eres injusto. Tu madre te ha apoyado en todo. Ya quisiera yo una madre así, que me apoyara en mis desmadres.

CUITLÁHUAC: ¡Hasta eso...!

VALENTINA: ¿Hasta eso qué?

CUITLÁHUAC: No te hagas pendeja, te la pasas envidiándome. Envidias mi capacidad para jalar gente, mis calificaciones, envidias mis consignas porque las tuyas son puro refrito de las que ya existen y ahora resulta que hasta envidias a mi puta madre.

VALENTINA: ¡No chingues! Ahora si te la jalaste. Mira pinche Grillo, reconozco que me gustaría ser como tú. Realmente te admiro. O te admiraba, porque ahorita estás muy mierda. La verdad que pocos güevos resultaste tener.

CUITLÁHUAC: Qué fácil lo dices. Cómo se ve que no tienes ni puta idea de lo que me pasa. Mi mundo se está desmoronando...

VALENTINA: (Suspira y continúa intentando inútilmente ser consecuente.) Pues sí, qué novedad, el mundo es terrible, fuchi, caca. Pero ya, ¿no? Dime algo que no sepa...

Cuitláhuac desvía la mirada, se siente regañado con razón y a la vez su orgullo no le permite ceder.

VALENTINA: Anímate. Ya te lo dije: ahorita no es el mejor momento para deprimirse. La situación está de la chingada y te necesito completo. La gente está

muy dispersa y asustada. Hay que reunirlos a todos para ver qué se hace. Así que olvida a tu padre y también a tu madre. Lo que importa es lo que tú pienses, tus propias convicciones. Tú llevas la grilla en la sangre, no por nada eres el Grillo, el líder de los sextos, el creador del Frente...

CUITLÁHUAC: Güey, mira a tu alrededor. La mayoría ya se largó. Sólo quedamos los pendejos que lideramos el movimiento y (señalando a los Muchachos) los pendejos a secas.

VALENTINA: Pues hazlo por los pendejos que estamos en esto o por mí. Por lo menos deberías hacerlo por ti mismo.

CUITLÁHUAC: Si por mí fuera le prendería la mecha al mundo pa' que de una vez estallara...

Un cristalazo interrumpe a Cuitláhuac. En seguida se escucha una trifulca no muy lejos, también se oyen sirenas. Cuitláhuac y Valentina se acercan a proscenio izquierda. Miran como si aquello ocurriera entre el público.

VALENTINA: ¡Son los de la preventiva! ¿Dónde están René y Lalo? Ellos iban a traer bombas molotov.

CUITLÁHUAC: Creo que los agarró la chota, eso estaban diciendo hace rato.

VALENTINA: ¡No mames! Se está poniendo muy grueso.

Valentina intenta huir pero entran por la derecha cuatro agentes de la PFP. Sin tomar en cuenta a los Muchachos, los agentes se acercan a Cuitláhuac y Valentina.

VALENTINA: (Por el altavoz.) No vamos a abandonar la escuela. ¡Es nuestra!

Valentina les lanza el aparato, pero los agentes lo esquivan. Dos policíats la detienen. Otros dos agentes detienen a Cuitláhuac, quien no opone resistencia. Valentina forcejea sin lograr nada. Entra el profesor Rojas también por derecha. Su pelo entrecano está relamido y viste un traje gris impecable. Poco a poco los ruidos de alboroto van bajando hasta salir.

ROJAS: Cuitláhuac Galván... sí, te recuerdo.

CUITLÁHUAC: Lo que me faltaba, el corrupto jefe de mi padre...

ROJAS: (Se acerca a Cuitláhuac, le toma el rostro para vérselo.) Tienes la misma jeta de pendejo que tu padre a tu edad.

CUITLÁHUAC: ¿Y por qué diablos se interesó en nosotros con esta cara?

ROJAS: (Le suelta la cara y ríe sarcástico.) Pura curiosidad malsana. Me gusta ver por cuánto se tragan su idealismo los de tu clase. Sé que terminarás haciéndolo, lo llevas en la sangre. La plaza que no aceptaste ahora la tiene Sandrita. Además, me hace otros trabajitos aquí en tu escuela.

CUITLÁHUAC: Yo no soy igual que esa perra.

ROJAS: ¿Y como quién eres? ¿Cómo tu madre? Esa puta es de las peores. Hace alharaca, mienta madres, pero cuando se trata de dinero, como vil limosnera extiende la misma la mano que empuña para protestar. Lo que no sabe la pendeja es que sus reacciones también le sirven al gobierno para justificar tanto la represión como la democracia. Así que como ves, muchacho, todos somos parte del sistema.

CUITLÁHUAC: Usted echa a perder todo lo que toca, pinche viejo podrido.

ROJAS: Podrido, ¿eh? (Pausa en la que hace un par de círculos con su andar.) René Torres, líder estudiantil de la preparatoria número tres, 21 años, todo un fósil, ¿no lo crees? Eduardo Montero, ¡24 años! ¿Sabes que ese par de payasos pertenecen a las Juventudes Priístas? Esos son tus líderes, que por cierto ya arrestó la Policía por la posesión de ocho bombas de fabricación casera. Pero no te preocupes por ellos, nomás es la pura finta, al rato los sueltan y les dan su hueso. A ti te han tocado sólo los trancazos porque no has cooperado como tus demás compañeritos. Ya es tiempo de que te alinies, ¿no crees?

VALENTINA: Eso que dice es mentira: ni René ni Lalo son porros priístas. Además, el movimiento no es de unos cuantos. Las propuestas vienen de las bases...

ROJAS: ¡Bah! Las bases son una bola de escuincles en pleno éxtasis hormonal como ustedes, con harta energía para desperdiciar en pendejadas.

VALENTINA: Pues nosotros no actuamos a lo güey...

ROJAS: (*Se carcajea.*) ¡Eso es lo bueno, que si no! A ustedes lo que les hace falta es un poco de sentido común y alguien que los guíe, pero bien.

VALENTINA: No necesitamos a un cerdo como guía. (*Ti-tubeante.*) Además, la cosa no está tan jodida, todavía podemos...

CUITLÁHUAC: ¡Ya cállate, pinche Vale! ¡Me cae que estás diciendo puras pendejadas! ¡Ubícate en tu contexto! La huelga ya valió madres y todo el barullo que armamos se va a ir olvidando. Lo peor de todo es que igual que en el 68 no aprendimos nada.

VALENTINA: ¿Y qué se supone que debimos aprender, sabelotodo? ¿Dejar que nos coopten?

CUITLÁHUAC: ¿Y para qué quería el gobierno cooptar a un par de pendejos como tú y como yo?

ROJAS: (*Se carcajea.*) ¡Me quitaste las palabras de la boca! Pero aquí la que no nos sirve de nada es ella. (*Ordenando a los agentes de la PFP que tienen sujeta a Valentina.*) ¡Llévensela! ¡A los camiones junto con los demás parias!

Los agentes obedecen. Se llevan a Valentina que patalea. Cuitláhuac no se inmuta.

VALENTINA: ¡Cui, ayúdame! ¿Qué no piensas hacer nada? ¡Qué poca madre tienes, pinche Grillo! (*A los de la PFP.*) ¡Hijos de la chingada! ¡Suélteme! ¡Malditos represores de mierda! ¡Suélteme! (*Enardecida.*) ¡Como dijo el Ché Guevara, hasta la victoria siempre!

Cuando Valentina está a punto de salir alza un brazo con la "V" de la victoria formada con sus dedos. El par de agentes y Valentina salen de escena por la izquierda.

ROJAS: Marchas, protestas, consignas, mantas, ¡bombas molotov! Todos son mecanismos de lucha bastante probados por el gobierno en generaciones anteriores, ¡si lo sabré! Tenemos la vacuna para todo eso. De hecho, somos nosotros quienes los provocamos. Hay que enfocar los bríos juveniles a objetivos inalcanzables. Si no se hiciera así, el sistema ya habría valido madres desde hace mucho.



CUITLÁHUAC: Pero si de todas formas vale madres.

ROJAS: ¿De veras eso crees? La sociedad funciona como un mecanismo de reloj. Aunque todo parezca sucederse caóticamente: cada opinión en contra del sistema, la diversidad de partidos por los que votar, incluso la más violenta de las manifestaciones de protesta, tienen una razón de ser que finalmente sirve para legitimar al sistema. Siempre habrá algún mecanismo que voltee a nuestro favor cualquier cosa que pretendas hacer en contra de nosotros. Así que, como ves, no hay escapatoria. Lo mejor es que te unas por las buenas. Como sabiamente hizo tu padre cuando tenía la edad crítica en la que ahora tú te encuentras.

Luis entra por la derecha. Lleva un portafolios. Se nota por los ademanes que hace y por lo desacomodado de su traje y corbata, que batalló un rato para entrar a la preparatoria.

ROJAS: De otra forma serás un patético guijarro tratando de nadar contra corriente.

LUIS: (*Dirigiéndose a la entrada.*) ¡Mendigos culeros! Pero no me creyeron quién soy, verdad. Ya anoté sus nombres...

Luis se acomoda el traje y voltea a donde Rojas y Cuitláhuac, a su hijo lo mira con desprecio. A Rojas le extiende apenado la mano para saludarlo.

ROJAS: (*Sin responder al saludo.*) ¿Trajiste el contrato, Galván?

LUIS: (*Diligente.*) Sí, profesor.

Luis saca la hoja del portafolios y se la extiende a Rojas, que toma el documento y lo revisa.

ROJAS: Muy bien, Luisito. Con esto se asegura que tu simiesca línea evolutiva continúe sirviendo a Gobernación.

Ambos ríen suave y forzadamente.

LUIS: Como no, profe, ya sabe que cuenta con nosotros. (*A Cuitláhuac.*) A ver, tú, perro, firma esto.

Rojas pasa el contrato a Luis, éste se lo muestra a Cuitláhuac. Él ni se molesta en leerlo.

CUITLÁHUAC: No quiero participar en tus chingaderas.

LUIS: (*Se acerca a Cuitláhuac.*) Mira, Grillo, te voy a confesar algo. Yo en realidad entré a esto por miedo. Igual a ti no te han amenazado porque ahora la onda es más *light*. Hasta eso, tienes suerte, te tocó una época bien aliviada. Lo más culero es que realmente me daba miedo que le hicieran algo a la pendeja de tu madre o a mis papás. Luego, cuando ya estuve dentro, me siguieron chingando con amenazas a cada rato y más cuando nacieron tú y Sandra. Fue entonces que me cansé de eso. Y ya tu madre me tenía hasta la ídem, por eso la mandé a la chingada. De ahí, me seguí jodiendo gente hasta llegar hasta donde estoy. Vieras que se siente bien chin-

gón estar por encima de todos. (*En secreto.*) Nomás me falta saltarme a un cabrón, para eso necesito que me ayudes...

CUITLÁHUAC: No me interesan tus historias.

LUIS: No, si no te lo estoy contando para entretenerte o interesarte. Te lo cuento porque aunque me cueste trabajo reconozco que no eres tan güey, aunque te vas con la borregada no eres como ellos. Realmente nos serías de mucha ayuda a mí a y al profesor. (*Se acerca más y le dice en voz baja.*) El ruco no tarda en morir. (*En voz alta.*) Yo, que soy su mano derecha, necesito a mi vez una mano derecha y pos tú eres mi hijo, te he descuidado y quiero corregir ese error. (*En voz baja.*) Estoy casi seguro que me va a dejar a cargo del negocio. (*En voz alta.*) Sandra ya está conmigo, pero si tú le entras haríamos todo un imperio. Ándale, Grillo, esta plaza es más chingona que la te ofrecí antes, no seas pendejo, más te vale firmar. ¿O qué, no dices que quieres luchar por la libertad? Deberías empezar por asegurar la tuya.

Rojas se da cuenta del cuchicheo, ríe y se acerca a Cuitláhuac.

ROJAS: Yo no tengo familia ni nadie que me suceda. Desde que conocí a tu padre me recordó mucho a mí mismo. Tenemos muchas cosas en común. Y una de ellas es que es un confabulador de mierda. (*Se carcajea.*) Y eso es imprescindible en un político y también en... empresarios como nosotros.

LUIS: Ya ves, Grillo, además qué le haces, si tú también eres un confabulador de mierda. Y si tanto te importa la pinche gente podemos lavar el dinero con alguna madre que ayude a los jodidos. Todos lo hacen.

ROJAS: Así que, muchacho, si de cualquier forma tienes que entrarle a la vida, por qué no lo haces por la puerta grande.

CUITLÁHUAC: No insulte a la vida. Mejor diga que lo que se me va a abrir son las piernas de su puta madre sociedad.

ROJAS: Bueno, pues dile como quieras. A mí no me ofendes. Sé perfectamente dónde me muevo, he aprend-

dido que esa puta puede ser muy generosa cuando la complaces. Además, la puta lo abarca todo. Tú mismo has vivido a expensas de ella hasta ahora. No puedes librarte de ella.

CUITLÁHUAC: Puedo vivir en una comuna.

ROJAS: Esas madres ya no existen.

CUITLÁHUAC: Entonces seré un vago o un ermitaño.

ROJAS: De veras que tienes ideas muy guajiras.

LUIS: Su madre tiene la culpa.

ROJAS: Si como dicen eres un buen estudiante, has de saber que el hombre es un ente social. No puedes sustraerte de la sociedad. Los ermitaños no existen, por lo menos no en este jodido país. Todavía te creo que puedas ser un vago, un parásito. ¿Cómo sobrevivirías? ¿Robando, mendigando? De todos modos seguirías mamándole la teta al sistema.

CUITLÁHUAC: ¿Y usted lo que quiere es que se la mame a usted como hace el lamegüevos de mi padre? No gracias.

LUIS: (*Se pone rojo.*) Mira, pinche pendejo, si no vas a firmar este contrato, órale pues, pero te vas a tener que joder en el bote. Nomás hazme un favor, ora que estés enjaulado date tiempo para pensar que la rebeldía no es más que una pinche hormona que se te acaba cuando descubres que el idealismo lo promueve la misma gente corrupta que te paga para que le pegues.

CUITLÁHUAC: No me interesa ya este mundo ni cómo funciona.

LUIS: Pues entonces tal vez sea mejor refundirte en un manicomio, para que los pinches doctores te traigan en la pendeja mientras queman tus neuronas con electrochoques.

ROJAS: (*Chascando y negando.*) No, Galván, cálmate. Recuerda que el muchacho nos sirve. Tal vez deberías hacerle como otros padres y dar la pinta de indignación, nomás para hacer pantalla, igual que tu ex.

LUIS: Eso sí que no, profesor. Rebajarme al nivel de esa pinche vieja mitotera, no.

VOZ DE CLARA: (*Desde afuera.*) ¡Quítame tus cochinas manos de encima, desgraciado! (*Desesperada.*) ¡Hijo, mi hijito, dónde estás! (*Llora y grita.*) “¡Detrás de cada estudiante muerto hay una madre que clama justicia!”



Por el lado izquierdo del escenario entra Clara que se debate con un PFP que la abraza fuertemente por atrás. Valentina también entra corriendo. Otro oficial que entra la alcanza y atrapa. Para librarse, Valentina da un fuerte puntapié a su captor, quien la suelta y se tira al suelo. Valentina, una vez habiéndose librado del agente, ayuda a Clara atacando a su captor por detrás, golpeándole los genitales. Los dos agentes golpeados quedan tendidos en el suelo. Sandra también entra pero, indolente, se mantiene al margen.

Clara, al ver a su hijo sujeto por dos policías, corre hacia él, jalonea vanamente a los oficiales que sostienen a Cuitláhuac.

CLARA: ¡Suelten a mi hijo, desgraciados!
 CUITLÁHUAC: No necesito que una hipócrita me defienda.
 CLARA: Hijo, ya perdóname, tenías toda la razón, ya te entendí...
 CUITLÁHUAC: Lo dudo.
 CLARA: (*A los agentes que sostienen a Cuítláhuac.*) ¡Ya, chingá, suelten a mi hijo!

A una orden de Rojas, los oficiales sueltan a Cuítláhuac. Clara mira con recelo a Rojas, pero al poder abrazar a su hijo se suaviza.

CLARA: Escúchame. Sé que cometí un error, que debí buscar ser independiente y que nunca debí atenerme a tu padre. Después de todo, fue por dejar de vender que me comencé a enfermar. La inactividad me atrofió las piernas y puesto que ya no vendía no tenía dinero para mis tratamientos naturistas. Y todo se volvió un círculo vicioso...
 CUITLÁHUAC: No tienes ni la más remota idea del alcance de tus palabras.
 LUIS: Como si tú la tuvieras, si no eres más que un pendejete que ni siquiera sabe qué hacer con su pinche vida.
 CLARA: ¡Cállate cabrón! Tú nos botaste, te quisiste liberar de nosotros, ¿no? Pues con eso perdiste el derecho a meterte en nuestras vidas. Así que déjanos en paz o te vas al tambo. Tengo todo para refundirte a ti y a la momia que está contigo.
 LUIS: ¡Uy, no sabes qué miedo me das!
 CLARA: No la hagamos de pedo, yo lo único que quiero es salir de aquí con mi hijo.
 LUIS: Pues no se me da la gana. Ahora soy yo el que se quiere quedar con este güey.
 CLARA: No voy a permitir que echas a perder a Grillo como lo hiciste con Sandra.

Sandra atraviesa pausadamente la escena hasta llegar con los Muchachos. Una vez sentada con ellos también asume la postura de pereza. Sandra saca más mota, pide a uno de los Muchachos que le encienda el cigarro. Ella fuma y luego la siguen rolando entre ellos.

CUITLÁHUAC: Madre, qué no te das cuenta que tú también me echaste a perder. Me has enseñado a luchar por unos ideales de justicia y libertad que no tienen cabida en este mundo.

LUIS: ¡Vaya, sentaste cabeza!
 CUITLÁHUAC: ¡Y qué puedes decirme tú de sentar cabeza, si has de tener el cráneo repleto de cocaína!
 LUIS: (*Se acerca y hace el ademán de que lo va a golpear.*) Mira, pendejo, nomás no te pongo una putiza porque le interesas vivo al profesor.

Cuítláhuac se ríe.

CUITLÁHUAC: Esa momia si no me chinga a mí, te va a seguir chingando de por vida a ti, ¿no? Pues qué crees, ya te chingaste.
 CLARA: Eso es, mi'jito. Tú no tienes por qué seguir el mismo destino de tu padre.
 CUITLÁHUAC: (*A Clara.*) Tampoco puedo ser el realizador de tu sueño. Si quieres ser la libertadora del pueblo, ¡adelante! (*Ríe.*) Pero no me endilgues tampoco un destino que no quiero. ¡No seas cobarde!

Clara balbucea algo pero al final no sabe qué decir y agacha la cabeza.

VALENTINA: No seas injusto con tu madre...
 CUITLÁHUAC: ¿Qué me puedes decir tú? Estás peor. Te escondes detrás de mí. Soy tu títere, el pendejo que te da estatus dentro de la lucha. ¿Y qué es esta lucha si no un juego de poder y protagonismo entre los mismos estudiantes?
 VALENTINA: ¿Y qué sugieres?
 CUITLÁHUAC: Soluciones a este pedo puede haber tantas... Desde no pelar a quienes promueven este tipo de luchas pendejas, hasta hacer evidente el teatro de manera obscena, ya que muchas veces lo que quieren es ocultar alguna transa haciendo aspavientos por otros lados para distraer.
 ROJAS: ¿Y por qué no unirse a los meros meros, eh? También es una solución, la mejor diría yo. Qué mejor que encauzar tus bríos juveniles al negocio más productivo de Latinoamérica. Antes eran las masa-

eres, los cañonazos a quemarropa. (*Mete la mano al interior de su saco.*) Ahora también hay plomazos para los chavos como tú. (*Saca un fajo de billetes y se lo ofrece.*) Pero ahora son de a veinte mil baros, ¿qué dices?

Cuítláhuac mira a Rojas reflexiva y largamente.

CUITLÁHUAC: Ándale pues, cabrón, ya me convenciste.

LUIS: ¡Ése es mi'jo!

VALENTINA: ¡Eres una puta miserable! Y bastante barata para lo que ladrabas.

CLARA: No, por favor, Grillo, no me hagas esto...

Cuítláhuac va hacia Rojas, toma el dinero con una mano y con la otra le da un puñetazo. Rojas cae y se retuerce de dolor. Luis se acerca a Rojas y se agacha para asistirlo.

CUITLÁHUAC: ¿Querías bríos juveniles? ¡Ahí están tus bríos juveniles!

Los cuatro agentes se le van a echar encima a Cuítláhuac.

CUITLÁHUAC: (*Negando.*) ¡Ah, ah, ah! (*Les ofrece el dinero.*) ¡Órale, cabrones, cinco kilos pa' cada quien si se largan sin decir nada!

Los agentes aceptan disimuladamente y se van.

LUIS: (*Hipócrita.*) Profe, profe, ¿está usted bien?

Luis se levanta y patea a Rojas. Cuítláhuac se carcajea.

LUIS: ¡Ah, pinches porros, mire cómo lo dejaron! ¡Ojalá no se haya muerto! (*Acerca la cara a la nariz de Rojas para sentir su respiración.*) ¡Oh, por el Señor de los Cielos! ¡No puede ser! ¡No respira! ¿Qué voy a hacer ahora? (*Se levanta.*) ¡Ascender! (*A Cuítláhuac, dándole una palmada en el hombro.*) Eso es todo, mi'jo. Ya con esto estamos a mano. Puedes ir a chingar a tu madre, por mí no hay ningún pedo, te perdono todo.



Luis sale del escenario riéndose. Sandra, al ver que se va, lo sigue.

SANDRA: ¡Papi, papi, espérame!

Sandra sale.

CLARA: (*A Cuítláhuac.*) ¡Estoy orgullosa de ti! ¡Siempre supe que no te venderías! ¡Tú eres mi Grillo!

¡Ya verás que con mi consejo vas a llegar muy lejos! ¡Yo te voy a sacar adelante! Pero me tienes que prometer que vas a ser honesto y a ayudar a los demás y...

CUITLÁHUAC: Yo creo que sería profundamente nocivo para mí volver...

CLARA: No digas eso, Grillo. ¿Cómo le harías?

CUITLÁHUAC: Es mi puto problema.

VALENTINA: Déjelo, doña Clara, el Grillo no la merece. Que se parta la jeta solito. Usted le dio todo, lo mejor. Me cae que es usted bien chingona, tiene un genuino espíritu de lucha, debería utilizarlo. Podría ser consejera del Frente o ir más allá del movimiento estudiantil. Podría hacer tantas cosas.

CLARA: Sí, podría.

VALENTINA: Quién sabe, incluso con el tiempo y sabiéndose mover, siempre con la intención de ayudar a los demás, claro, podría aspirar a alguna candidatura del PRD.

CLARA: Bueno, Vale, ¿y por qué no tú? Estás chava, tendrías más chance.

VALENTINA: Pues sí, tal vez. Aunque a mí no se me da eso de ser líder.

CLARA: ¡Tonterías! Estoy segura de que con mi consejo llegarías muy lejos...

Clara y Valentina quedan discutiendo unos planes que ya no se escuchan.

CUITLÁHUAC: *(Al cuerpo de Rojas.)* Ahí está tu pinche control, güey. Eso es lo que ni mi papá, ni tú, ni nadie entiende: nunca nadie podrá tener control. Pero eso me vale madres. ¡Yo me pinto!

Cuitláhuac camina lentamente hacia proscenio izquierda para salir.

CLARA: *(Reaccionando al ver que Cuitláhuac se va.)*
¡Hijo, espera!

Cuitláhuac se detiene en la esquina sin voltear a verla.

CLARA: *(Asustada y admirada.)* ¿Te vas a unir al EZLN?

VALENTINA: *(Descréida, burlona.)* No, señora, se va a volver terrorista.

CUITLÁHUAC: No hay nada en la sociedad que merezca mi lucha.

Cuitláhuac voltea y escudriña a su madre y a Valentina. Luego mira hacia el público. Suspira y se dispone a salir por proscenio izquierda. Clara hace un último y lánguido ademán de pretender alcanzar a Cuitláhuac.

VALENTINA: *(Tomándole el hombro a Clara.)* Señora, déjelo.

CUITLÁHUAC: *(Se detiene y dice más para sí mismo.)* No sé realmente cómo le voy a hacer. Tengo miedo. Pero prefiero una muerte pronta pero lejos de aquí, a seguirme pudriendo en vida entre la mierda.

Cuitláhuac echa un último vistazo al escenario y al público. Luego baja del escenario y camina para salirse del foro mientras cae el

TELÓN. ●



Bar palpitante

Manuel Díaz Reyes

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM

















El espejo humano: tragedia y ficción en *El último lector*

Rodrigo Martínez

David Toscana

El último lector

Mondadori, México, 2004, 190 pp.

El cadáver de una chiquilla en un pozo, un aguacate convertido en sepulcro, un par de mulas varadas en el desierto, la tierra cada vez más áspera por la sequía, la gente sedienta, hastiada por el medio de un pueblo norteño donde un bibliotecario evoca a su esposa difunta y una mujer busca a su hija extraviada. Estas imágenes constituyen la quinta novela de David Toscana (Nuevo León, 1961), *El último lector*, donde la fantasía y la realidad, ambientadas en una atmósfera regionalista, se conjugan revelando que la existencia y la literatura son tragedia.

La trayectoria literaria de David Toscana es vasta, pues a partir del éxito de su segunda novela, *Estación Tula*, adquirió prestigio entre las editoriales que circulan en la capital. Miembro del grupo llamado “El Panteón”, al que también pertenecen Eduardo Antonio Parra y Hugo Valdés Manríquez, el novelista neoleonés forma parte de una tradición regionalista en las letras mexicanas que ha tenido numerosas manifestaciones. Su obra, que suma cinco novelas y un libro de relatos, ha explorado esta corriente artística mediante la recreación geográfica del norte. A diferencia de autores clásicos del género, como Agustín Yáñez (*La tierra pródiga*), y alejándose del estilo de contemporáneos como Daniel Sada (*Albedrío*), el autor de *Lontananza* no recurre al rescate del habla regional, sino al manejo visual y al perfil de ficción sobre ambientes del norte, así como a la representación literaria del temperamento humano en aquel territorio.

En *El último lector*, tras varios meses de sequía en Icamole, Remigio halla el cadáver de una niña en un pozo. Impresionado, acude a Lucio, el bibliotecario del pueblo, quien le ayuda a sepultar el cuerpo al pie de un aguacate. La policía recoge testimonios por los que arrestan a Melquisedec, un viejo que reparte agua a los habitantes del pueblo. Las pesquisas aún no arrojan resultados cuando una mujer originaria de Monterrey revela a Lucio que perdió a su hija, llamada Anamari, en aquel páramo de sequedad y hastío. Ambos personajes, únicos lectores de los libros de la biblioteca, comienzan a tejer una serie de relaciones entre novelas y sucesos rememorando a los seres que han perdido.



Con una prosa directa, contundente y caracterizada por el uso del diálogo, Toscana es fiel a temas como la soledad, las carencias físicas y emocionales, la muerte y el azar al tiempo que muestra su mirada del vínculo entre literatura y realidad. La novela es un nudo de personajes ligados a partir de una imagen sombría (el cadáver de una niña) que apunta irremediabilmente hacia la realidad brutal que se vive en el norte de México: la violencia y los homicidios de mujeres.

La violencia, el desamparo y la muerte del ambiente social y natural aparecen una y otra vez y, al igual que en la prosa de Jesús Gardea (*La canción de las mulas muertas*), confluyen en una mirada estética de carácter fatalista. En *El último lector* todo es tragedia y sólo la literatura arrumbada en la biblioteca de Lucio luce prometedora ante la sequía, el hartazgo y los difuntos. En la obra, que tiene afinidad temática con *Duelo por Miguel Pruneda*, todo es desierto, pero también todo es ficción; es decir, cada paso dado por los personajes fue escrito antes de que ocurriera.

Esta serie de eventos azarosos, que semejan una especie de destino y cuyo símbolo es el descubrimiento que hace Remigio en el pozo, son los referentes de una realidad innegable. El asesinato de una mujer, las pesquisas infructuosas de la policía, la aprehensión de un anciano y el abandono histórico de la región, que se pudre en la sequía, son referentes del norte mexicano. Además, Toscana aborda episodios “nacionales” rescribiendo la historia desde una perspectiva regional para aterrizar al lector en una geografía explícita e incrementar la verosimilitud del relato. Por ello, como en *Las bicicletas*, narra las incursiones de Porfirio Díaz en el pasado de Icamole.

Al igual que *Estación Tula*, *Santa María del Circo* y *Duelo por Miguel Pruneda*, la novela refleja el temperamento de los habitantes del norte mexicano. Aunque su lenguaje no es idéntico al de la región y a pesar de que no recrea tradiciones con fidelidad, es posible hallar una clara imagen visual del sitio. El conservadurismo, la soledad y cierta misantropía aparecen como rasgos del medio social que es descrito con tipos grotescos. A Toscana le interesa la ironía y el humor, pero también el reflejo del sinsentido de la existencia, y retoma los postulados de *El mito de Sísifo* (Albert Camus) al desnudar la conformidad de sus personajes con la vida y, especialmente, con su destino: la muerte.

Esta sensación de perdición, acentuada por la temporalidad suspendida de la prosa, funda una novelística que coloca reflexiones universales sobre realidades tan-

gibles. *El último lector* es la muestra más sólida de este efecto que, lamentablemente, produce personajes débiles que sólo son entrañables porque comunican significados. Adquieren valor porque simbolizan la condición humana y el absurdo de la existencia volviéndose permanentemente trágicos, pero aun así se desvanecen en el tejido de la trama que revela cómo cada hombre escribe su propio libro.

Aunque *Estación Tula* y *Santa María del Circo* siguen siendo las mejores novelas de Toscana, la primera por su estructura y por el tratamiento del tema amoroso en una dualidad ficción-realidad, y la segunda por el manejo de tipos grotescos que simbolizan el patetismo humano, *El último lector* resulta un ejercicio interesante que reúne creación y reflexión al mismo tiempo que sugiere formas novedosas de ejercer la prosa regionalista. Por otra parte, el estilo narrativo del autor es sugerente y atractivo porque el argumento no se desvanece durante la narración. Las imágenes, ya violentas o grotescas, son indicadores de un mundo trágico y ponderan el significado pues se trata de una novela-ensayo sobre la fantasía humana. El vínculo que Lucio y la mujer hacen entre los libros y la realidad que atestiguan anuncia el eje de la trama pues, si dedicamos una mirada a las letras de cualquier época y lugar, topamos con que éstas recopilan la materia de la realidad. Por ello, en un ambiente perpetuamente monótono, en una región donde nada se transforma, la fascinación que ejerce el cadáver en el pozo y la mujer citadina son signos de cambio al igual que la lluvia repentina en el pueblo de Icamole. Este abanico de imágenes, también fatales, son las que resumen la estética de Toscana, estética de la tragedia y, acaso, de la esperanza:

Todos buscan el final feliz, dice [el bibliotecario], la cara sonriente, romper con el destino natural, evitar la tragedia; persiguen lo banal y desabrido, lo ligero y mujeril: se rehúsan a hacer literatura. P

